

“Hay que acabar con los prejuicios a la hora de leer”. Clarín, 9 de agosto de 2001. Entrevista de Hinde Pomeraniec

Ella viene, dice, a ofrecer su mirada. Después de diez años de vivir en los Estados Unidos, donde enseña literatura latinoamericana en la Universidad de Yale, Josefina Ludmer vuelve a enfrentarse a un curso. A partir de anoche, y por cuatro clases —charlas culturales, prefiere llamarlas—, el Centro Rojas es el escenario de una cita: la de Ludmer con aquellos que quieren escucharla hablar de literatura.

En algunos casos, se trata de un reencuentro. Cuando Ludmer se fue de la Argentina, adonde vuelve con la regularidad que los generosos tiempos universitarios del norte le permiten, era titular de Teoría Literaria en Filosofía y Letras, donde había vuelto a dictar cátedra en el 83. Durante la dictadura, como otros colegas, sobrevivió formando gente en grupos particulares. Su irresistible manera de transmitir la literatura y sus ensayos sobre Onetti y García Márquez le dieron un status propio. Era, hay que decirlo, una de las *stars* de la carrera. Una de esas personas que siempre, pero siempre, están pensando unos pasos más allá que sus pares.

Ahora también. “Para mí no existe eso de hablar de autores, me resisto totalmente. Yo pienso las ficciones como acontecimientos”, se rebela cuando se le pregunta por las obras —los libros— de las que va a hablar en su curso del Rojas. Entonces, como para que quede bien claro su modo de ver el asunto, sigue: “Me gusta trabajar con ficciones encadenadas, enhebradas. Trabajar la obra de un autor es limitante, no me gusta, y además alimenta el mito del escritor como héroe”.

Durante la charla, Ludmer —autora de un ensayo sobre la gauchesca y de *El cuerpo del delito*— marcará todo el tiempo algunas cuestiones: los 10 años de ausencia, el allá y el acá; el ayer, el presente. Claro, por eso no extraña que el nombre del curso que está dictando hasta la semana próxima sea *Buenos Aires, año 2000, algunas ficciones*.

En la selección que hizo de las ficciones sobre las que hablará, Ludmer posó su mirada en cuatro libros: *El teatro de la memoria*, de Pablo de Santis; *El árbol de Saussure*, de Héctor Libertella; *El juego de los mundos*, de Cesar Aira y *Los cautivos*, de Martín Kohan.

Lejos de su espíritu, el lector de esta nota querría, tal vez, saber que se trata de cuatro autores prestigiosos argentinos, que tienen entre 35 y 60 años. Algunos de ellos son, incluso, conocidos en el extranjero. Aira, por caso, es, desde hace un tiempito, un mimado de los españoles.

El tema del presente es EL TEMA. Así surgió durante el año pasado, su año sabático universitario, en el que vivió en su casa de la calle Viamonte y se dedicó a seguir las huellas de ese año tan fuerte en términos simbólicos para la cultura. “El 2000 es una figura mítica de la cultura”, dice Ludmer, refiriéndose a la cantidad de obras que planteaban esa fecha futura como límite. Ella, ahora, se propone dar vuelta ese ícono, trabajarlo como presente y como pasado a partir de las ficciones elegidas, que fueron producidas en el 2000 y abordan lo que Ludmer llama “una constelación de temporalidades diferentes”.

Le gusta esa palabra, constelación. La usa para definir una categoría que también usa mucho: formaciones culturales. ¿Qué son las formaciones culturales? Es —ahí va— una constelación que gira alrededor de un problema que es político, social, literario, económico, a veces. Puede ser la memoria, puede ser la violencia. En la novela de De Santis, la profesora Ludmer se detiene en la “formación cultural” de la memoria, precisamente. Es ahí cuando vuelve a enhebrar ficciones, pero con textos de otro tipo como noticias de los diarios, películas u obras de teatro.

En la primera dase, Ludmer presentó una suerte de manifiesto en donde está esa mirada que, dice, viene a ofrecer. “Leer con total libertad”. “Tirar abajo cualquier barrera entre realidad y ficción”. “Acabar con cualquier prejuicio a la hora de sentarse a leer”. E insistir con su no rotundo a las unidades como “texto” o “autor”, que solo “te limitan”. “No valoro” es otro punto de estos nuevos mandamientos.

Ludmer es crítica con cierto prejuicio muy local. “Aquí no se reconoce creatividad a la gente. Se cree que si uno piensa algo es porque lo sacó de Foucault o Deleuze. Hay que terminar con la cultura de importación: hay que exportar ideas.”

Para una especialista, ¿es posible separar el interés profesional del gusto? “Yo trato de no leer por obligación ni hacer lecturas institucionales, sino pasionales” —dice— y asegura que busca que los otros lectores, sus alumnos, se entretengan. Que leer no sea algo pesado, una obligación “porque si no ahí se termina la literatura y se convierte en una pieza de museo”.

Ella piensa diferente, unos pasos más allá, ya lo dijimos. Por eso, cuando se habla de que la gente lee poco, no desespera. “No hay que obligar a la gente a leer —sonríe— la cultura de la lectura ha cambiado. Se puede leer cualquier cosa: una película, un programa de TV, la realidad. Leer es una cierta posición ante las cosas. Es una actitud de desciframiento.”